

## PÍLDORAS FEMINISTAS DESDE LA ANTIGÜEDAD

Rosario López Gregoris (UAM)

[rosario.lopez@uam.es](mailto:rosario.lopez@uam.es)

### 1. Catulo: primera revolución feminista en la Roma clásica

Gayo Valerio Catulo fue un poeta latino nacido en Verona allá por los inicios del siglo I a.C., sobre el año 87, y murió en Roma, bastante joven, sobre el año 57; es decir, que apenas vivió treinta años y, como mantuvo una tormentosa historia de amor con una noble de la época, por la que decía morirse de amor, su vida se ha convertido en prefiguración del poeta romántico. Es el poeta del beso (*basia* en latín).



Pero hay otros datos de Catulo que son esenciales para entender su obra, aunque expliquen poco su vida. Para empezar, además de la serie de poemas dedicados a su amada Lesbia – pseudónimo bajo el que se escondía una patricia casada –, también dedicó una serie de poemas al joven Juvencio, otro joven noble al que también pidió besos de pasión (bueno será recordar que la pederastia en Roma no estaba mal vista). Este dato, sea real o no, construye una imagen del artista un poco más compleja que esa del poeta locamente enamorado que muere por su amada.

Para entender la obra de Catulo, es crucial entender la ideología de su época; los romanos de buena familia eran educados para ocupar puestos de poder en el ejército y en la política, lo que se llama *cursus honorum*; no cabía en la cabeza de un romano de bien renunciar a su destino como ciudadano de Roma. Esta ideología de la República romana estaba fuertemente imbuida de un sistema de obligaciones morales (*officia*) para con la ciudad y de sacrificio personal en aras del gobierno general. Hay que decir que este ideario político concernía a la clase pudiente y no tenía en cuenta las necesidades o deseos de la gente corriente, ajena por completo a los intereses de unos pocos poderosos, pero sometida a ellos.

Catulo despreció esas tareas tan honorables y proclamó su deseo de ocio, amor y poesía, dedicaciones todas ellas tolerables si estaban subordinadas a las tareas importantes, a saber, el gobierno de la ciudad y la constitución de una familia. Pero Catulo defendía en sus poesías otra forma de vida: el centro de su interés es la creación poética (no las armas), su pasión está dedicada a una mujer casada o a un joven noble (de modo que defiende el adulterio y obvia su obligación de crear una familia honorable) y el tiempo importante del hombre no es el del

trabajo (*negotium* romano), sino el de *otium*, aquel que permite el deleite, el estudio, el amor, la amistad, el arte y otros aspectos menos asociados con la ciudad y más con el individuo. Esta actitud fue compartida por otros poetas de la época, a los que unía su erudición y su admiración por la poesía griega alejandrina, especialmente por las obras de Calímaco; formaron una especie de grupo poético y exploraron el lenguaje y las formas de poesía en latín; de todos ellos destacó el joven Catulo.

El poeta de Verona no solo introdujo en sus poemas erudición, también se propuso romper con la sexualidad dominante de entonces y mostrar un modo de complicidad con las mujeres: fue capaz de mirarlas con respeto y admiración. Sirva de muestra del tono delicado y dulce del poeta este poema dedicado a Lesbia y a los besos que le pide:

Vivamos, querida Lesbia, y amémonos, y las habladurías de los viejos puritanos nos importen todas un bledo. Los soles pueden salir y ponerse; nosotros, tan pronto acabe nuestra efímera vida, tendremos que vivir una noche sin fin. Dame mil besos, después cien, luego otros mil, luego otros cien, después hasta dos mil, después otra vez cien; luego, cuando lleguemos a muchos miles, perderemos la cuenta para ignorarla y para que ningún malvado pueda dañarnos, cuando se entere del total de nuestros besos. (Poema 5, trad. de A. Ramírez de Verger).

Este es el famoso poema de los miles de besos que Catulo necesitaba de su amada para construir una red de amor frente a las envidias de los viejos, que no son otros que los romanos tradicionalistas que quieren políticas domésticas y públicas de dominación. Frente a ello, Catulo solo pide besos, y esa petición tan humilde se justifica en un hecho vital trascendental: la muerte. Pero mientras haya soles, que haya besos, y que los besos dados por la amada sustituyan el rigor del abrazo impuesto. Que los besos sean solicitados y que la amada los dé con generosidad, porque, ante las exigencias de los duros romanos, la mejor defensa será una muralla bien tejida de besos de amor.

Otros poemas dan idea del rigor con que su época trató la poesía de Catulo, que, en más de un poema se vio obligado a defender su poesía y su honorabilidad con un lenguaje procaz e insolente en consonancia con las críticas que recibía:

Os daré por el culo y me la vais a chupar, Aurelio comevergas y Furio julandrón, que, por mis versos, como son ligeros, me habéis considerado un desvergonzado. Es, de hecho, procedente que el poeta honorable sea personalmente casto; no es necesario que lo sean sus versos, que, en definitiva, tienen sal y gracia si son ligeros y

desvergonzados y pueden provocar las cosquillas, no digo a los muchachos, sino a esos peludos que no pueden mover sus duros lomos ¿Vosotros, porque habéis leído muchos miles de besos, me consideraréis poco hombre? Os daré por el culo y me la vais a chupar (Poema 16, trad. de A. Ramírez de Verger).

Bien sé que la traducción no hace justicia al texto original, pero ninguna traducción puede igualar la fuerza poética del texto de Catulo, de modo que esta o cualquier traducción servirá para ilustrar la poética catuliana. Tal vez en una primera lectura parezca que el poema habla de sexo, y sí, habla de las prácticas habituales de dominación que los romanos ejecutaban sobre los



individuos a los que sometían, ya fueran éstos mujeres, niños u hombres. Para un romano el sexo solo podía vivirse en términos de dominio y dominar significaba penetrar, con indiferencia de sobre quién se haga. Los hombres sodomizados eran considerados poco hombres, porque se dejaban penetrar, bien por la boca (*fellatio*) o por el ano.

Volvamos al poema, aunque nos parezca que habla de sexo, el mensaje es un poco más sutil: a Catulo le echan en cara que es poco hombre porque en sus poemas hay muchos besos. Efectivamente, Catulo crea todo un sistema amoroso en torno al beso, y sus poemas más célebres, especialmente alguno dedicado a su amada Lesbia –como el visto arriba–, son una retahíla de besos solicitados. Pedir besos a una mujer es, a ojos de un romano tradicional, una falta de virilidad: a una mujer no se le piden besos, se le roban, sin más. Catulo protesta contra esta crítica aludiendo a la práctica sexual habitual masculina, diciendo que si solicitar



amablemente besos a la amada es de blandos, él es muy capaz de practicar la penetración anal y bucal contra aquellos que le critican, es decir, de mostrarse dominador al uso contra sus críticos. Por tanto, el poema no habla de prácticas sexuales, sino de cómo Catulo defiende su poética amable, de interlocución y complicidad amorosa con la amada (los besos) frente a la política de sometimiento de la mujer (la penetración).

El siguiente poema ilustra el momento de la ruptura de la relación amorosa, momento de dolor desgarrador que siente, precisamente, el narrador masculino:

Desgraciado Catulo, deja de hacer tonterías,  
y lo que ves perdido, dalo por perdido.  
Brillaron una vez para ti soles luminosos,  
cuando ibas a donde te llevaba tu amada,  
querida por ti como no lo será ninguna.  
Entonces se sucedían escenas divertidas,  
que tú buscabas y tu amada no rehusaba.  
Brillaron de verdad para ti soles luminosos.  
Ahora ella ya no quiere; tú, no seas débil, tampoco,  
ni sigas sus pasos ni vivas desgraciado,  
sino endurece tu corazón y mantente firme.  
¡Adiós, amor! Ya Catulo se mantiene firme:  
ya no te cortejará ni te buscará contra tu voluntad.  
Pero tú lo sentirás, cuando nadie te corteje.  
¡Malvada, ay de ti! ¡Qué vida te espera!  
¿Quién se te acercará ahora? ¿Quién te verá hermosa?  
¿De quién te enamorarás? ¿De quién se dirá que eres?  
¿A quién besarás? ¿Los labios de quién morderás?  
Pero tú, Catulo, resuelto, mantente firme.  
(Poema 8, trad. de A. Ramírez de Verger)

Lo importante de este poema reside en dos aspectos nunca explorados hasta ahora por la



lirica antigua: la debilidad del hombre (desgraciado y débil) y la posición de protagonista fuerte de la mujer, que ha tomado la decisión de romper la relación. Pero es la formulación sintáctica la que marca la pauta del poema: ella es la que lleva (actitud activa), él es el que sigue (actitud pasiva). Y esa iniciativa se acentúa aún más cuando las preguntas del final se plasman en segunda persona, porque la amada es la interlocutora protagonista: ¿de quién te enamorarás? ¿A quién besarás? ¿Los labios de quién morderás?, en una palabra, ella es la que decide sus relaciones, controla su vida y toma sus decisiones.

Tal vez alguien se extrañe de que esta lectura de mujer decidida merezca resaltarse; pues lo merece, y mucho; por ser la primera vez que en poesía lírica un poeta, hombre, cede su protagonismo a una mujer, ostenta su debilidad y resalta la capacidad de decisión de la mujer. Que habría cientos de mujeres como esta en la Roma republicana, sin duda, pero que hayan pasado a la literatura occidental, ya no tantas; por eso Catulo merece ser leído no como un poeta

romántico, sino como el poeta que otorgó a la mujer amada (y al joven amado) un lugar en el diálogo amoroso, a la que se acercó pidiendo y no exigiendo.